

por los deseos que acabáis de expresar; y el voto más digno que puedo hacer por la parte no casada de esta compañía, es el siguiente: ¡Ojalá consigan todos los célibes hallar una mujer como la que yo he hallado, y ojalá todas las jóvenes encuentren un marido que se me parezca!

Poco tiempo después de este discurso, como los nuevos esposos partían para dar una vuelta nupcial por Lyon (Mr. Bounderby quería aprovechar la oportunidad para ver cómo los braceros se conducían por allí, y si los obreros lioneses aspiraban también á comer con cubierto de oro), la dichosa pareja se dispuso á tomar el ferrocarril.

La recién casada, al bajar la escalera vestida de viaje, se encontró á Tomás, que la esperaba muy conmovido, acaso por los sentimientos fraternales, y acaso también por el mucho vino que había bebido en el almuerzo.

—¡Qué guapa vas! Eres una hermana como no hay otra, Luisa,—le dijo Tomás al oído.

Luisa se le acercó, como si hubiera necesitado aquel día un arranque de sentimiento, y por primera vez en su vida desapareció su aire frío y reservado.

—El viejo Bounderby te está esperando (dijo Tomás). No tienes tiempo que perder. Iré á esperarte á la estación cuando vuelvas. Hoy es un gran día, Luisa, ¿no es verdad?

## CAPÍTULO XVII.

### Efectos en el Banco.

Era un hermoso día de San Juan; el sol brillaba con toda su esplendidez. Esto se veía algunas veces hasta en Cokeville. Contemplada á cierta distancia y en semejante tiempo, Cokeville se hallaba envuelta en un denso velo de niebla, producida por el humo, velo que parecía impenetrable á los rayos del sol. Solamente se adivinaba que había allí una ciudad, porque se comprendía que una ciudad era lo único que podía originar una mancha en aquel hermoso paisaje. Un vapor de hollín y humo que se dirigía confusamente tan pronto á un lado como á otro; que ya parecía querer elevarse hasta la bóveda del cielo y ya se arrastraba tenebroso á flor de tierra, según que el viento caía ó se levantaba, ó cambiaba de dirección; una mezcla confusa, espesa é informe, atravesada por algunas ráfagas luminosas que no alumbraban sino masas de oscuridad; Cokeville á alguna distancia se anunciaba ya con lo que contenía, antes de que se hubiera podido ver un sólo ladrillo.

Lo más extraño era que la ciudad estuviese aún allí. Había sido arruinada con tanta frecuencia, que era un prodigio que hubiese podido resistir á tantas sacudidas. En verdad, que nunca se ha visto arcilla de porcelana más frágil que la de que estaban hechos los manufactureros de Cokeville: por más que se procuraba sostenerlos con todas las precauciones posibles, tenían tanta complacencia en caerse á pedazos, que no era posible impedir que creyesen que estaban ya por tierra. Decían que estaban arruinados cuando se les obligaba á llevar á la escuela á los hijos de las fábricas; se creían arruinados cuando se nombraban inspectores para vigilar sus talleres; se creían arruinados cuando estos inspectores se oponían á que se abusase de los obreros; se creían perdidos indefectiblemente cuando se insinuaba que en ciertos casos no se les permitiera hacer tanto humo.

Además de las aprensiones que tenía mister Bounderby respecto á las tendencias de los menestrales, existía otra ficción bastante extendida entre los manufactureros, que presentaba todos los caracteres de una amenaza. Desde el momento en que un cokevillano se creía amenazado, es decir, desde que no se le dejaba tranquilo y se proponía hacerle responsable de las consecuencias de cualquiera de sus actos, nunca dejaba de pronunciar esta amenaza terrible:

—Mejor preferiría sumergir mis bienes en el mar Atlántico.

Más de una vez el ministro de lo Interior había temblado de piés á cabeza.

Á pesar de esto, todos los cokevillanos se mostraban tan buenos patriotas, que, lejos de sumergir sus bienes en el Océano Atlántico, tenían, por el contrario, la bondad de cuidar de ellos con el esmero más exquisito. La ciudad continuaba de pié, envuelta en su velo de nieblas, que aumentaba y enrarecía por momentos.

Aquel día estaban las calles calcinadas y llenas de polvo, y el sol tan ardiente, que brillaba, aun al través del denso vapor suspendido sobre Cokeville, con tanto resplandor, que no se le podía mirar fijamente.

Toda la ciudad parecía estar friendo. Por doquiera se sentía un olor sofocante de aceite en ebullición. El aceite hacía relucir las máquinas, manchaba las ropas de los obreros, se extendía por todos los pisos de las fábricas. La atmósfera de aquellos palacios encantados se parecía al soplo del Simoun; y los naturales del país, sofocados por el calor, adelantaban con languidez por medio del desierto; pero ninguna temperatura podía aumentar ni disminuir la locura de aquellos desgraciados elefantes atacados de melancolía. Sus cabezas formidables se alzaban y

bajaban sin cambiar de aspecto, estuviese el tiempo caliente ó frío, húmedo ó seco, bueno ó malo. La sombra que proyectaba en la pared su uniforme movimiento, era la única que en Co-keville podía servir para reemplazar las sombras vacilantes de los árboles en los bosques, lo menos que para sustituir el zumbido de los insectos en el verano, no podía ofrecer en todo el año, desde el alba del lunes hasta la noche del sábado, otra música que el roce de las ruedas y el ruído de los émbolos.

La señora Sparsit se halla sentada en el escritorio: las carpetas están cerradas, y es la hora del día en que la ilustre señora acostumbra embellecer con su presencia la sala de consejo. Sus habitaciones están en el piso principal. Allí, desde lo alto de una ventana que le sirve de observatorio, todas las mañanas, cuando ve pasar á Mr. Bounderby, le acoge con ese saludo lleno de lástima que conviene dirigir á una víctima. Hace ya un año que se casó Mr. Bounderby, y ni un solo día le ha dispensado de su piadosa compasión.

En el aspecto de la casa-banca no se observa cosa alguna que pueda destruir la saludable monotonía de la ciudad. Es otra casa de ladrillos rojos, con rejas negras en el exterior y persianas verdes en el interior; una puerta de entrada negra, á la que se sube por dos escalones

blancos, adornada con su correspondiente plancha de cobre.

La casa de banca es un poco mayor que la morada de Mr. Bounderby, la cual, por su parte, es cinco ó seis veces más grande que las otras habitaciones de la ciudad. Por lo demás, está arreglada con toda exactitud al modelo.

La señora Sparsit estaba convencida de que, situándose por las tardes entre los pupitres y demás accesorios de la contabilidad, esparcía un encanto completamente femenino, por no decir aristocrático, en el escritorio.

Sentada cerca de la ventana, con su bordado ó su calceta, se enorgullecía de corregir, con sus distinguidas maneras, el aspecto vulgar de aquellos lugares consagrados á los negocios.

Gracias á esta idea de su interesante misión, la señora Sparsit se consideraba, en cierto modo, como la linda protectora de la casa-banca. Las gentes de la ciudad, que, yendo y viniendo, la veían allí, no tenían precisamente la misma idea; la miraban como el dragón del escritorio, encargado de velar por los tesoros de la mina.

La señora Sparsit no sabía mejor que los transeúntes á qué naturaleza pertenecían los tesoros en cuestión. Oro y plata reducidos á moneda, billetes, secretos que, si fuesen divulgados, debían causar, de ésta ó de la otra manera, la ruína de tales ó cuáles personajes: estos eran

los principales artículos que figuraban en el inventario ideal que aquella señora hacía de aquellas riquezas. En cuanto á lo demás, sabía que, cerrado el escritorio, reinaba como dueña absoluta en todos los muebles de la casa de banca.

Una criada sorda y un criado completaban el imperio de la señora Sparsit.

La criada sorda pasaba por ser muy rica, y corrían rumores entre las clases obreras de Coveville, de que el día menos pensado la asesinarían para robarla, después de cerrarse el escritorio. Hasta se pensaba generalmente que por un milagro no se había cumplido ya esta profecía, la cual no impedía á la criada continuar ocupando su puesto, así en el mundo como en la casa de banca, con una tenacidad que causaba disgusto y sorpresa á los creyentes engañados.

Acababan de servir el te á la señora Sparsit en una impertinente mesita, que se daba aires aristocráticos sobre sus tres piés. El criado colocó la bandeja, y se llevó el dorso de la mano á la frente, en señal de homenaje y respetuoso saludo.

—Gracias, Bitzer,—dijo la señora Sparsit.

—Yo soy quien debe dar á V. las gracias, señora,—respondió el criado.

Era un criado muy diminuto el tal Bitzer, tan diminuto como el día en que le vimos guiñar los ojos en la escuela, al definir un caballo, por no

haberlo podido hacer la niña número veinte.

—¿Está todo cerrado, Bitzer?

—Todo, señora.

—¿Y qué se dice de nuevo? (continuó la señora Sparsit, sirviéndose una taza de te); ¿sucede algo de particular?

—Puedo asegurar á V. que nada sé de nuevo. Los vecinos de esta ciudad no valen gran cosa; pero eso ya lo sabemos, y por consiguiente, no es noticia.

—¿Y qué hacen esos mal aconsejados? ¿No pueden permanecer tranquilos?

—Siempre la misma historia. Se asocian, forman coaliciones, y se comprometen á ayudarse los unos á los otros.

—Sensible es (dijo la señora Sparsit, dando á su rostro un marcado carácter de severidad) que los dueños asociados consientan semejantes coaliciones entre los obreros.

—Es verdad.

—Y puesto que ellos mismos se asocian, debían decidirse á no emplear á ningún obrero que se hubiese asociado con otro.

—Ya lo han intentado, señora; pero no han conseguido su objeto, y se han visto precisados á renunciar.

—No presumo de entendida en esas cosas (dijo la señora Sparsit con dignidad): porque la suerte me colocó desde mi infancia en otra es-

fera; pero sí sé que es necesario domar á esas gentes, y que ya es tiempo de que se haga de una vez para siempre.

—Sí, señora (contestó Bitzer, manifestando el más profundo respeto hacia la autoridad profética de la señora Sparsit). V. ha puesto el dedo en la llaga; no hay que dudarle.

Se acercaba la hora en que la señora Sparsit tenía la costumbre de hablar un ratito á solas con cierto sujeto, y como Bitzer había leído ya en su mirada que iba á pedirle algo para alejarle, fingió que arreglaba las reglas y los tinteros, mientras que ella apuraba el te, sin quitar los ojos de la ventana que daba á la calle.

—¿Tiene V. hoy mucha tarea, Bitzer?

—No mucha.

Bitzer deslizaba de vez en cuando en su conversación un *Milady*, como homenaje involuntario rendido á la dignidad personal de la señora Sparsit.

—¿Los escribientes (preguntó ésta, tirando con disimulo por la ventana una imperceptible miga de pan) son dignos de confianza, exactos y trabajadores?

—Sí, señora; nada hay que decir sobre ese particular.

Bitzer desempeñaba en la casa de banca las honrosas funciones de espía, y en recompensa de sus benévolos servicios, recibía todos los años,

por vía de gratificación, una cantidad independiente de su salario.

Se había convertido en un joven avisado, circunspecto y prudente, que por necesidad había de andar muy de prisa su camino. Su espíritu estaba arreglado con tanta exactitud, que no tenía afecciones ni pasiones.

Todos sus actos eran resultado de un cálculo minucioso y frío, y no sin razón la señora Sparsit se complacía en declarar que nunca había conocido un joven de tan sólidos principios como Bitzer.

Habiéndose asegurado á la muerte de su padre de que su madre tenía derecho de residencia en Cokeville, aquel digno economista de corta edad sostuvo este derecho, ateniéndose con tanta obstinación al principio, que encerraron á la viuda á expensas del común en el hospicio de los pobres por todo el resto de sus días.

Necesario es convenir en que Bitzer le daba media libra de te por año, lo que era una gran debilidad de su parte; primero, porque todo don tiene por resultado inevitable alentar el pauperismo; y después, porque lo más razonable que podía hacer era comprar aquella dádiva á bajo precio para venderla luego todo lo más caro posible, en atención á que está demostrado por los filósofos que este principio comprende todos

los deberes del hombre. No digo una parte de sus deberes, sino *todos* sin distinción.

—Nada hay que decir de los escribientes, señora, si hacemos la excepción de costumbre.

—¡Ah!—exclamó la señora Sparsit, moviendo la cabeza y tomando un sorbo de te.

—Tomás, señora.... Tengo mis dudas acerca de Tomás. No me gusta ni chispa la conducta de Tomás.

—Bitzer (dijo la señora Sparsit en tono impo- nente); ¿recuerda V. la recomendación que le he hecho acerca del uso de nombres propios?

—Perdone V., señora. Esa advertencia es muy justa; me ha prohibido V. que emplee nombres propios, y sé que casi siempre conviene callarlos.

—Acuérdese V. de que tengo aquí una misión; aquí ocupo un puesto de confianza. Por muy improbable que haya podido parecer á mister Bounderby y á mí misma, hay cierto número de años que soy su dependiente; pero no puedo acostumbrarme á verle como á un amo cualquiera. Conociendo Mr. Bounderby mi posición social y mi nacimiento, ha tenido conmigo todas las atenciones que pudiera desear. Por lo tanto, quiero ser escrupulosamente fiel á mi amo. Y no

ni quiero, ni debo creer (añadió la señora

Sparsit, que parecía tener en el almacén un título de honor y de moralidad), que pue-

rec.  
parsi.  
an su

do serle fiel escrupulosamente consintiendo que bajo este techo se pronuncien nombres que por desgracia... es una desgracia, no hay duda alguna... están asociados al suyo.

Bitzer se llevó de nuevo la mano á la frente, y pidió otra vez perdón por su torpeza.

—No, Bitzer (continuó la señora Sparsit); diga V. un *individuo*, y le escucharé; pero si dice V. Tomás, no quiero oír ni una palabra.

—Salva la excepción de costumbre, señora (dijo Bitzer, volviendo á su confidencia); un individuo....

—¡Ah!—repitió la señora Sparsit, que continuó su exclamación interrumpida, su movimiento de cabeza y su sorbo de te, como para enlazar la conversación en el mismo punto en que se había cortado.

—Hay un individuo, señora, que nunca ha sido lo que debiera ser desde el día que entró en esta casa. Es holgazán, disipado y gastador. No vale el pan que come, señora. No continuaría más tiempo aquí, á no estar apoyado por las influencias de una parienta y amiga.

—¡Ah!—exclamó la señora Sparsit, con otro movimiento melancólico de cabeza.

—Deseo solamente, señora (prosiguió Bitzer), que esta parienta y amiga no le proporcione los medios de continuar su género de vida. Por lo demás, ya sabemos de qué bolsillo sale su dinero.

—¡Ay!—suspiró la señora Sparsit, reincidiendo en su melancólico movimiento de cabeza.

—Es muy digno de compasión, señora. La persona á cuyo bolsillo he aludido, es muy digno de lástima.

—Sí, Bitzer; siempre he compadecido su ceguera.

—En cuanto al individuo, señora (dijo Bitzer, hablando más bajo y acercándose), es más imprevisor que todos los obreros de esta ciudad, y ya sabe V. hasta dónde llega la imprevisión de éstos. Nadie se atrevería á narrar los pormenores á una señora del rango de V.

—Y harían muy bien en imitar todos al honrado Bitzer.

—Gracias, señora. Pero puesto que V. se ha dignado hablar de mí, reflexionemos un poco. Tengo depositado en la caja algún dinero, importe de la gratificación que recibo todos los años por Navidad, y á la cual nunca toco. Ni siquiera gasto todo mi salario, aunque, á la verdad, no es gran cosa. ¿Por qué no hacen todos lo que yo? Lo que uno puede hacer, lo puede hacer también todo el mundo.

Esto era otra de las ficciones de Cokeville. Todo capitalista que había ganado sesenta mil libras esterlinas, empezando con una pieza de seis peniques, afectaba extrañarse de que cada uno

de los sesenta mil obreros del vecindario no ganase sesenta mil libras con una pieza de seis peniques, y los censuraba más ó menos por no llevar á cabo esta obra maestra.

—Lo que yo he hecho puede V. hacerlo también. ¿Por qué no lo hace V.?

—En cuanto á su pretendida necesidad de recreos, señora, es cosa que da compasión. ¿Acaso he pedido yo en mi vida diversiones? Ni las he pedido ni las pediré jamás; porque, después de todo, ni me gustan siquiera. En cuanto á sus sociedades, son otra tontería; muchos de ellos podrían, en un abrir y cerrar de ojos, ganar alguna bagatela de cuando en cuando, denunciando á sus camaradas. ¿Por qué no mejoran su suerte si tienen el remedio en la mano? Es lo primero en que debe pensar un ser razonable, y, sin embargo, esto es lo que pretenden antes que nada.

—Pretenden; esa es la palabra.

—Verdad que luego hace daño al corazón oírles hablar con tanta frecuencia de sus mujeres y de sus hijos. Mire V., señora; ¿tengo yo acaso necesidad de mujer y de hijos? ¿Por qué no se pasan sin ellos como yo?

—Porque son imprevisores.

—Sí, señora, eso es. Si fuesen más previsores y menos corrompidos, ¿qué harían? Dirían probablemente: En tanto que mi sombrero ó mi go-

rra cubra á toda mi familia, según el sexo de cada cuál, sólo tengo una sola persona que alimentar, y justamente la que más me interesa ver alimentada.

—Es evidente,—exclamó la señora Sparsit, comiéndose un bizcocho.

—Gracias, señora (dijo Bitzer, saludando de nuevo con el revés de la mano, para demostrar que apreciaba en su justo valor la conversación edificante de la señora Sparsit). ¿Quiere V. más agua caliente, ó quiere que vaya por alguna otra cosa?

—¡No!

—Gracias, señora. No quisiera incomodar mientras toma V. el te, porque sé que este es un rato de delicias (dijo Bitzer, extendiendo el cuello como una cigüeña, para ver desde su sitio lo que pasaba en la calle). Ahí se acerca un caballero que mira hacia este lado hace un minuto ó dos, y que acaba de atravesar la calle como para llamar aquí. ¡Calle! Sin duda es él quien llama.

Bitzer fué á la ventana, sacó la cabeza, y la retiró al momento, confirmándose en su previsión.

—Sí, señora, es él. ¿Quiere V. que le diga á ese caballero que suba?

—No sé quién podrá ser,—dijo la señora Sparsit enjugándose la boca y componiéndose el traje.

—Seguramente es un extraño, señora.

—¿Y qué buscará un extraño en la casa de banca á esta hora? Le traerá algún negocio que ahora no puede arreglarse; pero, sea lo que quiera, Mr. Bounderby me ha conferido un empleo en esta casa, y sabré cumplir con mis deberes. Si éstos me obligan á recibir á ese caballero, le recibiré. Haga V. lo que quiera, Bitzer.

El caballero, ignorante de las palabras magnánimas de la señora Sparsit, repitió su aldabonazo con tanta fuerza, que Bitzer se apresuró á abrir, en tanto que la señora, después de haber escondido en un armario la mesita y los demás testigos de su merienda, se irguió en su silla, á fin de aparecer, si era preciso, con más dignidad.

—Ese caballero desea ver á V., señora,—dijo Bitzer, aplicando su ojo incoloro al ojo de la llave de la habitación de su ama.

La señora Sparsit, que se había aprovechado del intervalo para arreglarse un poco el gorro, se tomó el trabajo de transportar sus facciones clásicas al piso inferior, y entró en la sala de consejo á la manera de una matrona romana que salva los muros de una ciudad sitiada para tratar con el general enemigo.

Como el caballero se había adelantado hacia la ventana, y miraba en aquel momento á la calle completamente distraído, casi no reparó en aquella entrada imponente. Permaneció silban-



do á media voz con toda la calma imaginable, y sin quitarse el sombrero. Se observaba en él cierto aire de indolente fatiga, que en parte provenía de un exceso de buen tono, pues se notaba á primera vista que era un perfecto *gentlemen*, formado con arreglo á los modelos de la época, fastidiado de todo, y sin creer ni en Dios ni en el diablo.

—Creo, caballero (dijo la señora Sparsit), que desea V. hablarme.

—Dispéñseme V., señora,—dijo el desconocido, volviéndose y quitándose el sombrero.

La señora Sparsit hizo un saludo lleno de dignidad, y dijo para adentro, contemplando al caballero:

—Treinta y cinco años, aire distinguido, buena presencia, lindos dientes, voz agradable, buen tono, cabellos negros, mirada atrevida.... ¡Hola! ¡Hola!....

En su calidad de mujer, la señora Sparsit, para ver todo esto, no necesitó más que mirar con el rabo del ojo al inclinarse para saludar. Las mujeres son como aquel sultán que sólo tenía que sumergir la cabeza en una jofaina de agua para ver todo el universo.

—Sírvase V. tomar asiento,—dijo la señora Sparsit.

—Gracias. Sírvase V. permitirme.... El caballero adelantó una silla para la señora; pero per-

maneció con la espalda apoyada contra la mesa en una actitud abandonada. He dejado á mi criado en el embarcadero, á fin de que cuide de mi equipaje, y me vine á la ciudad para reconocer el país. ¡Qué ciudad tan fea! ¿Me permitirá V. que la pregunte si está siempre tan negra como ahora?

—En general, está siempre mucho más negra,—respondió la señora Sparsit con decisión.

—¿Es posible? Dispense V. mi indiscreción; creo que no es V. indígena.

—No, señor. Antes de quedarme viuda, he tenido la buena ó la mala suerte, como V. quiera, de vivir en una esfera muy distinta. Mi marido era un Powler.

—¿De la familia de los Powler?—preguntó el desconocido, después de haber reflexionado algunos instantes.

La señora Sparsit hizo una señal afirmativa con la cabeza. El desconocido pareció un poco más fatigado que antes.

—¿Se aburrirá V. aquí mucho?—fué la sola respuesta que creyó oportuno dar á la declaración genealógica de la señora.

—Soy esclava de las circunstancias, caballero, y he aprendido á someterme al poder que gobierna mi vida.

—Conducta muy filosófica, muy ejemplar, muy laudable y muy....

Creyó que la frase no valía la pena de concluiría, porque se puso á jugar con los dijes del reloj.

—¿Tiene V. la bondad de decirme á qué debo el honor de....?

—Seguramente (contestó el desconocido). Doy á V. las gracias por habérmelo recordado. Soy portador de una carta de introducción para el banquero Mr. Bounderby. Paseándome por las calles de esta ciudad tan extraordinariamente negra, mientras disponían la comida, pregunté á un individuo que encontré.... á un obrero, si no me engaño.... dónde vivía Mr. Bounderby; y este individuo, engañado sin duda por la palabra banquero, me indicó la casa de banca. ¿Supongo que Mr. Bounderby no habitará en este edificio?

—No, señor.

—Gracias. No tenía ni tengo la intención de entregar mi carta en este momento; pero habiendo pasado por esta casa estando paseándome para matar el tiempo, y habiendo tenido la suerte de ver en la ventana á una señora de un exterior tan distinguido como simpático, pensé que debía tomarme la libertad de preguntarle dónde vive Mr. Bounderby el banquero. Y me la tomo, señora, y ruego á V. me lo diga.

Los modales distraídos é indolentes del desconocido estaban bastante compensados, á los

ojos de la señora Sparsit, con cierto aire de franca galantería, de la que no estaba excluido el respeto. Por ejemplo, en aquel momento el desconocido, casi sentado en la mesa, se inclinaba sin miramientos hacia la señora, como atraído por algún secreto encanto que la hacía muy agradable en su género.

—Como sé que las personas de negocios son inclinadas á sospechar, y cumplen así con un deber, voy á enseñarle á V. la carta. Es del diputado de esta ciudad, Mr. Gradgrind, á quien he tenido el honor de conocer en Londres.

La señora Sparsit reconoció la letra; declaró que semejante garantía era de todo punto inútil, y dió las señas de la casa de Bounderby con toda la precisión que el desconocido hubiera podido desear.

—Mil gracias (dijo éste). ¿Sin duda conocerá V. perfectamente al banquero?

—Sí, señor. Hace que le conozco diez años.

—Eso es una eternidad. Creo que se ha casado con la hija de Mr. Gradgrind.

—Sí (dijo la señora Sparsit, cuyos labios se comprimieron de pronto); ha tenido esa... honra.

—Me han dicho que su mujer es un verdadero filósofo.

—¿De veras, señor?

—Dispense V. mi impertinente curiosidad

(prosiguió el desconocido); pero V. conoce la familia, y es, además, mujer de grande experiencia. Voy á entablar relaciones con la familia, y aun es posible que estas relaciones lleguen á estrecharse mucho. ¿Es la señora tan terrible como de ella se cuenta? Su padre le da tal reputación de ciencia, que ardo en deseos de saber á qué atenerme. ¿Es de todo punto inabordable? ¿Es una de esas mujeres sabias, capaces de aburrir al hombre de más sólido juicio? Vamos; veo en esa sonrisa, que V. no cree en tales disparates. V. devuelve la tranquilidad á mi alma inquieta. ¿Y qué edad tiene? ¿Treinta y cinco, ó cuarenta años?

La señora Sparsit prorumpió en una carcajada.

—¡Si es una niña! Sólo tenía veinte años el día que se casó.

—Doy á V. mi palabra de honor, señora Powler (replicó el desconocido), en fe de que nada me ha causado en el mundo tanta sorpresa.

En efecto, parecía dominado por toda la sorpresa de que era susceptible. Contempló á su interlocutora algunos segundos, sin poder reponerse de su asombro.

—Aseguro á V., señora Powler, que las noticias de su padre me habían preparado á encontrar en la señora Bounderby un personaje adusto y venerable, siquiera por su mucha ri-

diculez. Agradezco á V. en extremo la ocasión que me ha proporcionado en que poder rectificar mi juicio. Dispense V. mi inoportuna visita, y sírvase aceptar mis humildes respetos.

Salió de la estancia saludando, y la señora Sparsit, oculta tras las colgaduras de la ventana, le vió bajar con paso indolente la parte sombría de la calle, llamando la atención de todos los transeuntes.

—Bitzer, ¿qué le parece á V. ese caballero?— preguntó al criado, cuando éste entró á recoger el servicio.

—Debe gastar mucho dinero en el tocador.

—Necesario es confesar que viste con mucho gusto.

—Sí, señora; pero, ¿basta esa compensación? Además, señora (añadió Bitzer, limpiando la mesa), me ha parecido un jugador.

—El juego es una cosa inmoral.

—Una cosa muy ridícula, señora; porque todas las probabilidades están siempre de parte del banquero.

Sea que el calor impidiese trabajar á la señora Sparsit, ó sea que no tuviese ganas de continuar su obra, lo cierto es que no volvió á tocarla en toda la tarde. Estaba sentada en la ventana cuando el sol empezó á ocultarse detrás de la humareda; allí estaba aún cuando la humareda se hizo roja, cuando se extinguió poco á

poco, cuando la oscuridad pareció salir lentamente de la tierra y subir dulcemente hasta los techos de las casas, el campanario de la iglesia, el extremo de las chimeneas de las fábricas, y, en fin, hasta el cielo.

La señora Sparsit permaneció sentada en la ventana sin pedir luz, con las manos sobre las rodillas, no pensando ya en los mil ruidos de la tarde, en los gritos de los pilluelos, en los ladridos de los perros, en el ruido de los carruajes, en los gritos penetrantes de los vendedores de las calles, ni en el trac trac de las abarcas de los obreros que salían de su trabajo. Hasta que el criado anunció que la cena estaba servida, la señora Sparsit no salió de su enajenación mental, ni transportó al piso superior sus negras cejas, plegadas por una meditación profunda, que las había erizado lo suficiente para tener necesidad de algún descanso.

—¡Qué imbécil es!—dijo la señora Sparsit a sentarse á la mesa.

No dijo á quién se dirigían aquellas palabras; pero evidentemente no eran á la cena.

## CAPÍTULO XVIII.

**Mr. James Harthons.**

El partido á que pertenecía Gradgrind tenía necesidad de reforzarse con nuevos adeptos que le ayudasen á cortar la cabeza á los Gracos. Buscaban por todas partes neófitos: ¿y dónde podían hallarlos mejores que entre esos hombres que, á fuerza de estar desengañados de todo, se hallan dispuestos á cualquier cosa?

Además, estas disposiciones saludables de espíritu, que elevan á un hombre hasta las sublimes alturas de la indiferencia, no carecían de atractivo para la mayor parte de los miembros de la escuela de Gradgrind.

Admiraban á aquellos hombres, y aunque procuraban disimularlo, los imitaban en cuanto podían. Jamás se vió en el mundo una raza híbrida tan sorprendente como la de que tratamos.

Entre aquellos hombres, que no pertenecían propiamente á la escuela Gradgrind, se encontraba uno de aquella familia, de mejor presencia y de excelentes disposiciones, que había